

cuentran en los Carpatos, especialmente en el alto Tatra y en los Alpes de Siebenbürgen, en las montañas de la Dalmacia griega, y, por último, en el Cáucaso. Las gamuzas españolas se diferencian principalmente de las de los Alpes en ser mucho más pequeñas, como también lo son sus cuernos; y en llevar durante el verano un pelaje pardo leonado, cuyas diferencias deben acaso provenir, entre otras causas, de la persecución que se les hace. Los más ricos criaderos de gamuzas se encuentran en los sotos reales de la Alta Baviera, Salzburgo, Steiermark, Alta Austria y la Carintia, en donde á veces, en la caza, se ven á centenares. En la época llamada del hielo, de esta parte de la tierra, durante la cual la zona de los Alpes estaba completamente helada, llegando estas neveras hasta las llanuras más altas de la Suabia y la Baviera, habitaban las gamuzas, según aparece de los restos petrificados que aun existen en los valles de Europa y, según todas las probabilidades, en toda su extensión no cubierta por el mar.

En su primera edición de la *Vida de los animales* califica Brehm á la gamuza, como antes se había hecho, de verdadero cuadrúpedo alpino; esto es, destinado á existir en los linderos de las selvas, y visitando pocas veces los bosques más altos. Pero consta de la segunda edición de dicha obra que, habiéndolas observado personalmente en las regiones en donde se conservan todavía, opina, como yo antes indiqué, que es animal genuino de bosque, aunque á consecuencia de la persecución sufrida por parte del hombre se haya refugiado en tan inhospitalarias y elevadas montañas. Los cazadores distinguen, pues, con tanta verdad como acierto, las gamuzas de sierras y las de cerros, designando con las últimas palabras las más raquílicas, que habitan en los linderos de las selvas. («Para cazar una miserable gamuza de cerro,» dice Schiller en su *Guillermo Tell*.) La deplorable condición de la última, prueba justamente que no le es favorable el medio en donde mora, y que sólo la necesidad, esto es, su miedo al hombre, la aparta de más grata existencia en las espesuras. Sin duda en el verano bajan las de bosque hasta los sembrados, en los valles que les ofrecen rico pasto; pero no sólo vuelven á las gargantas de los bosques durante el invierno y á la aproximación de las borrascas, sino que aun en el estío, por la noche, suben arriba con frecuencia, para pernoctar, á lo menos, en donde crece ya el monte bajo. Sin embargo, es lo cierto que la gamuza, al revés que el ciervo y el corzo, no buscan las espesuras, sino que prefiere los parajes descubiertos, desde los cuales se dominan vastos horizontes.

Esto nos lleva al examen de otra cuestión. Los cua-

drúpedos que conocemos de la familia de los ciervos son animales decididamente nocturnos, ó, por lo menos, crepusculares, que de día descansan y de noche se mueven; y las gamuzas, y según todas las probabilidades la mayor parte de los antílopes, animales diurnos, que de noche descansan, y toman el sol y comen de día. La forma de los ojos de las gamuzas está, al parecer, de acuerdo con las últimas, porque este órgano es mucho mayor que el de los corzos, constituyendo uno de los rasgos peculiares de su fisonomía, prominentes y de tal modo dispuestos, que la línea visual ha de dirigirse forzosamente hacia adelante. Se dice, á la verdad, como lo asegura Brehm, que el sentido de la vista no está muy desarrollado en la gamuza, y de aquí que deje de notar la presencia del cazador si éste no se mueve. También lo sé personalmente, porque una manada de gamuzas se precipitó sobre mi cabeza, á pesar de tenerla levantada sobre una depresión del terreno, ocultándola yo sólo en el instante que llegaron junto á mí. Creo, sin embargo, que, tratándose de esta parte, hay que distinguir entre la perspicacia de la vista y la facultad de estimar lo que se ve. Es preciso reflexionar que, cuando un hombre se aproxima á los antílopes que habitan en las estepas, su silueta se dibuja sobre el horizonte, y que esto les llama más la atención que otro hombre cualquiera oculto á la sombra de un tajado peñasco y confundido con otros objetos innumerables. Si se mantiene sin movimiento, puede confundirse con un tronco de árbol ó un peñasco; y, aun en la hipótesis de que se mueva, nunca se verá tan bien desde lejos como si se destaca sobre el horizonte. Me consta, además, por experiencia, que los cazadores creen en la perspicacia de la vista de las gamuzas. Cazando yo esos animales en Tarvis, dos años hace, llevé al efecto un sombrero de paja de los usados en Steierland y en Salzburgo, de color oscuro, y no llamativo tampoco por su especial contextura; sorprendiéndome no poco la advertencia que me hicieron de cubrirlo con ramas, porque de otro modo me verían sin remedio las gamuzas. En mi juicio, pues, tienen mejor vista que corzos y ciervos; y, si no superan al hombre en esta parte, depende de que la mayor inteligencia de éste le facilita hacer una apreciación también más verdadera del campo de la visión. Pero el sentido que más descuella en estos animales, como en todos los de la familia del ciervo, es indudablemente el olfato, aunque sean algo inferiores á aquél en el oído, en lo exterior mucho menos desarrollado, y en el conducto auditivo mucho más estrecho.

Digo, en mi artículo sobre el corzo, que los cuadrúpe-



Un cazador apasionado (capricho venatorio)

dos nocturnos y de selvas, cuando se comparan con los diurnos y de llanura, se distinguen por su índole asustadiza, inquieta, nerviosa y atolondrada. La gamuza es una prueba de este aserto, y su carácter es el de los cuadrúpedos diurnos y de llanura. No es atolondrada ni medrosa, mostrando confianza en sí misma, viveza y rapidez extraordinaria en sus resoluciones, y serenidad incomparable. Así se observa también en ella en

libertad y en cautiverio. Citaré como ejemplo notable lo siguiente:

En una ocasión hice llevar en Viena una gamuza domesticada, desde el interior de la ciudad al glacis del Prater, sin otra sujeción que dos largas cuerdas á cargo de dos guardas. Atormentó á éstos no poco, saltando por las empalizadas y por las ramas de los árboles situados á la orilla del camino, pero sin asustarse nun-



ca, y regresando contenta y descansada al lugar de su destino. Si hubiera sido un corzo, su miedo fuera indelible y se hubiera agitado y cansado con extremo.

Á no estar acostumbrados á ellos, los corzos mansos pierden la cabeza al ver á los perros: no así las gamuzas. En libertad no huyen éstas tampoco sin plan ni concierto como los corzos, sino que se detienen en el instante en que escapan del peligro más próximo, se hacen cargo de la situación de las cosas, y, cuando les parece satisfactoria, toman con sosiego sus medidas. Mi experiencia viene en apoyo de este aserto.

En una cacería de gamuzas en Steiermak, á que asistí, había reunido el capitán de los ojeadores una manada de ciento, y las llevaba como á la fuerza hacia uno de los puestos en donde se hallaba mi compañero de caza, el conde Wilzeck. Desde mi sitio, con el anteojo, y á la distancia de unos mil pasos, observaba yo al capitán y á las gamuzas. No corrían ni lo más mínimo, sino que caminaban delante de aquél como un rebaño de ovejas. Hasta hubo el capitán de tirarles algunas piedras al ver que vacilaban, y disparar un tiro para aproximarlas al alcance de mi compañero, y ni aun así perdieron su sangre fría. Lo que sucedió después con los dos machos, como se verá más adelante, lo prueba además cumplidamente. Cuando llegaron las gamuzas á la jurisdicción del Conde, y éste disparó su escopeta, dos se volvieron hacia mí huyendo. Tiré una mientras corrían velozmente, antes que se ocultaran detrás de una elevación del terreno; pero ni por eso se asustaron. Apenas pasaron el montículo, se pararon ambas como para examinar su situación especial, de suerte que me dieron tiempo para tirarles otra vez tranquilo y para indemnizarme del yerro de mi primer tiro, derribando una. Dos disparos seguidos, y á la distancia de ochenta pasos, no habían sido bastantes para hacerles perder su serenidad. ¿Qué hubieran hecho dos corzos?

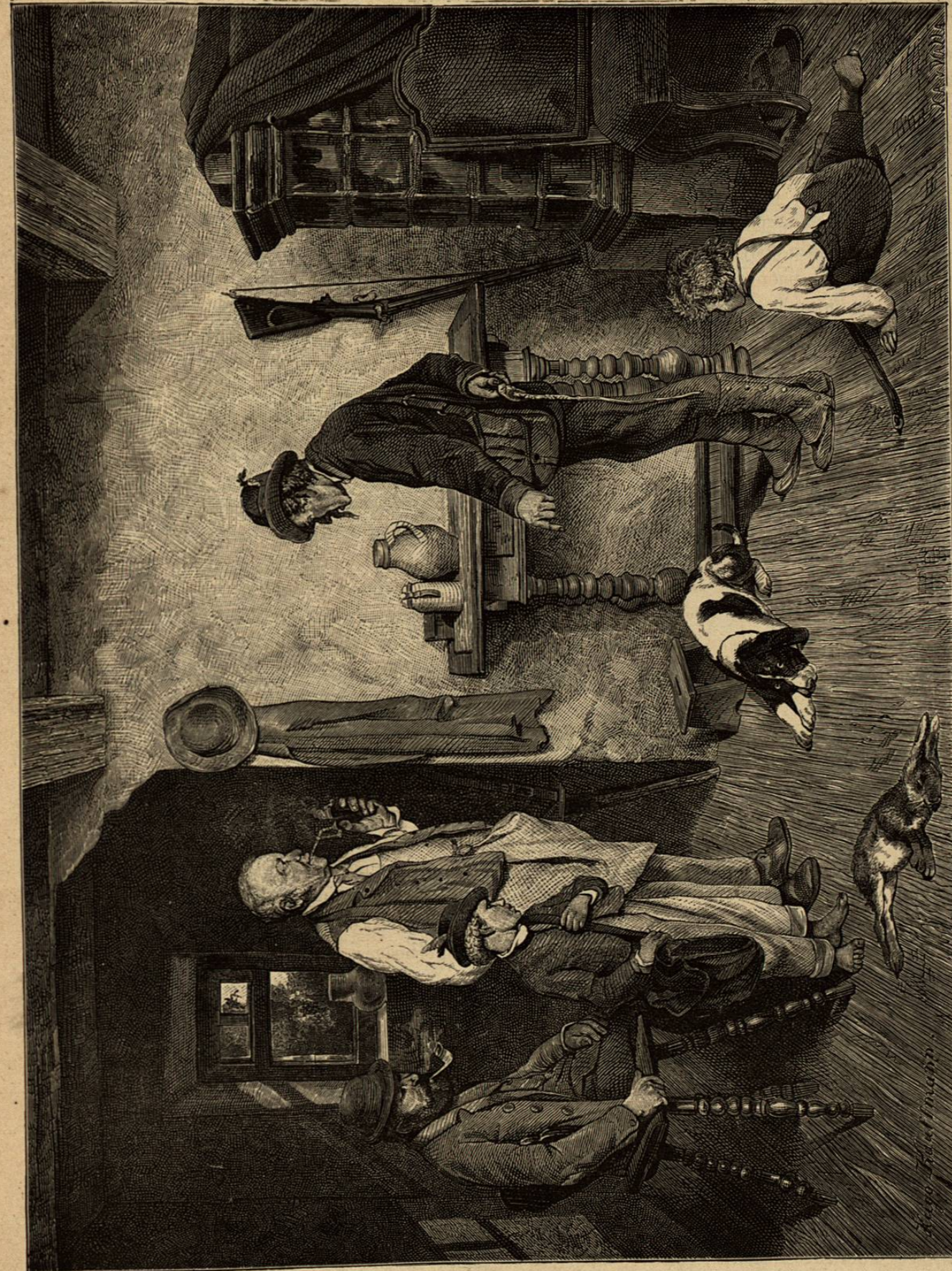
La agilidad de estos animales es verdaderamente prodigiosa, ya en lo relativo al empleo de su fuerza, de la cual hablamos antes, ya en punto á seguridad y presencia de espíritu. La gamuza es equilibrista de primer orden, conforme lo probó delante de mí una con notable brillantez. La recibí ya mansa, y, como no se había preparado para ella empalizada alguna, la alojé en una habitación vacía, encerrándola en un rincón de la misma por medio de una balastrada de madera, á la altura de mis hombros. Una de las veces que la visité, dejé abierta la puerta del aposento. Mientras yo la examinaba, saltó por encima de la balastrada y de mi cabeza, sin tocar á una ni á otra, y se quedó de pie so-

bre el borde superior de la puerta, aunque ésta, al saltar sobre ella, giró sobre sus goznes, permaneciendo el animal tan firme como si estuviera en el asiento más sólido, y guardando maravillosamente el equilibrio. Después que gozó un rato de mi sorpresa, dió un segundo salto á su rincón, rechazando la puerta hasta la pared. Pero hizo más todavía: en el ángulo opuesto al que ocupaba, distante de éste unos 4 metros, había un arca de avena, abierta, de 3 pies de largo y 2 de ancho. Mientras yo reflexionaba en los medios de obviar á esta imposibilidad de encerrarla, saltó de nuevo por el aire, describiendo un arco; pasó por encima de la balastrada y se puso sobre el arca de avena. La vuelta á su rincón se verificó por medio de otro salto tan limpio como los anteriores.

Cuando huyen por los montes es lo más prodigioso que, asentando á cada paso sus pies en lugares desde los cuales han de saltar siempre de distinta manera, exponiéndose á caer si no lo hacen, se mueven con la misma velocidad, seguridad y confianza que los demás animales en terreno llano. Hay casos, sin duda, en que las gamuzas han de mirar con cuidado en dónde ponen sus plantas y dar saltos maravillosos; pero nunca pierden su serenidad de espíritu. Si una cabra se pierde subiendo demasiado alto (y las cabras son trepadoras por excelencia) se queda aterrada balando: no así la gamuza, que si no encuentra otra salida, ó se precipita en el abismo y se escapa, ó se escurre hacia atrás, apoyándose en las rocas con las patas traseras y recogiendo el cuerpo hasta deslizarse en lo más hondo. Se cuenta que en ocasiones se han arrojado en abismos de una profundidad de 100 metros, sin recibir daño alguno si el terreno en donde caían era blando.

La facilidad con que discurren por los terrenos más escabrosos consiste sin duda, en gran parte, en el completo conocimiento que tienen del paraje en donde habitan, y hasta de cada piedra del mismo, así como de las alteraciones que sufre la localidad en cada estación, y del aspecto particular que presenta. Y no lo digo por rebajar en lo más mínimo su mérito ni sus facultades físicas, puesto que sobre ellas puedo añadir las siguientes observaciones, hechas por mí mismo.

En la cacería de gamuzas de Steiermark, ya mencionada, estaba yo en el extremo más bajo de una pendiente llena de guijarros rodados, que se extendía unos mil pies, desnuda de árboles, desde donde miraba con mi anteojo una manada de estos animales, en número de más de ciento, en la parte superior, llamando particularmente mi atención un vigoroso macho por sus rápidos saltos y por su índole inquieta. Le vi



Tomo III.—Caza mayor y menor